

nito. Me faltan las palabras para admirarme y despreciarme al mismo tiempo.

¡Oh Dios! *El mas Sér* de los séres! ¡Oh Sér, delante de quien yo soy como si no fuera! Vos os manifestais á mi espíritu, y ninguna cosa se os puede asemejar ni parecer. Yo os veo: sí, os veo á vos mismo; y este rayo de luz que sale de vuestro semblante, sacia mi corazon, mientras no llega á ver toda la luz de la verdad.

CAPITULO VI.

La idea del ente infinitamente perfecto tiene una conexion necesaria con su existencia.

La regla fundamental de la certidumbre, que establecí al principio, me descubre evidentemente la verdad del primer Sér. He dicho, que si la razon es razon, no consiste en otra cosa que en consultar fiel y sencillamente mis ideas: aunque por ella juzgo de todas las cosas, no la puedo juzgar. Si alguna cosa me parece cierta y evidente, es porque mis ideas me la representan como tal, y ya no tengo libertad para dudar de ella. Si al contrario, alguna cosa me parece falsa y absurda, tambien consiste en que mis ideas le repugnan. En una palabra, en todos mis juicios, tanto afir-

mativos como negativos, mis ideas inmutables son siempre las que deciden de lo que pienso. Debo, pues, ó renunciar para siempre á toda razon (cosa que no puedo hacer), ó seguir mis ideas sin temor de engañarme,

Cuando examino si la nada puede pensar. en vez de hacer un exámen serio, me veo tentado á reir: ¿en qué consiste eso? En que la idea del pensamiento incluye la idea de alguna cosa real y positiva, que solo conviene al ente. Con solo atender á esta idea, descubro una estravagancia en mi cuestion. Lo mismo sucede en otras cosas. Preguntad á un niño de cinco años, si la mesa de su gabinete se pasea ó juega con él: se echará á reir en vez de responderos. Decidle á un rústico labrador, si los árboles de su campo le tienen amistad; si su arado tiene mucho talento: responderá que os burlais de él. En efecto, todas estas cuestiones tienen una estravagancia, que chocan aun al labrador mas ignorante y al niño mas inocente. Pues ¿á qué se reduce, y en qué consiste precisamente esa estravagancia? Consiste, dirá alguno, en que choca al sentido comun. Pero ¿qué es este sentido comun? No es mas que las primeras nociones que todos los hombres tienen igualmente de las mismas cosas.

Este sentido comun, que es el mismo siempre y en todas partes, que precede á toda discusion, que

hace ridículo el exámen de ciertas cosas, que hace que aunque no queramos nos riamos en vez de examinar, que reduce al hombre á no poder dudar, por mas esfuerzos que haga para ello: este sentido comun, que es el de todo hombre, que no espera sino que lo consulten, que se deja ver á primera vista, que descubre lo evidente ó absurdo de una cuestion, ¿no es lo que yo llamo mis ideas? Ved, pues, cómo volvemos á estas ideas ó nociones generales, que yo no puedo contradecir ni examinar; y segun las cuales todo lo examino y lo decido todo: de modo que siempre que me proponen una cosa, que es abiertamente opuesta á lo que estas ideas inmutables dicen, me rio en vez de responder.

Este principio es constante, y solo su aplicacion puede ser defectuosa; quiero decir, que debo seguir sin titubear todas mis ideas claras; pero que debo cuidar mucho de no tomar por idea clara la que encierra alguna cosa que no lo es. Quiero, pues, seguir exactamente esta regla en todo lo que voy á meditar.

Ya he descubierto que tengo la idea de un ente infinitamente perfecto. He visto, que este ente, suponiendo que exista, existe por sí mismo; que existe necesariamente; que no se le puede concebir sino como actualmente existente: porque se ve que su esencia consiste en existir siempre por sí

mismo. Si no podemos concebirlo sino como que actualmente existe, porque en su esencia se incluye la existencia; nunca podrémos concebirlo como que no existe actualmente, y que es meramente posible. Ponerlo entre las cosas meramente posibles, sin que actualmente exista, es aniquilar su idea, es mudar su esencia; por consiguiente ya no será el ente que era antes, sino otro que tomo en su lugar para poder imaginarme de él una cosa que no le puede convenir: esto es destruir la suposicion y contradecirse á sí mismo. Luego, ó hemos de negar que tenemos la idea de un ente necesario é infinitamente perfecto, ó hemos de confesar que no podemos concebirlo sin la existencia actual, que constituye su esencia. Si es, pues, cierto que lo concebimos, y no podemos concebirlo sino de este modo, debo inferir que actualmente existe. Esto es seguir la regla que me propuse, y siguiéndola no puedo engañarme.

Es cierto que yo tengo una idea de este ente; y si él es distinto de mí, es preciso que yo haya recibido de él la existencia. No solamente lo concibo, sino que tambien veo evidentemente que él debe existir en la naturaleza. O todas las cosas han de ser necesarias, ó ha de haber un solo *ente necesario* que haya hecho á todos los demas: de modo que, en cualquiera de las dos suposiciones, es igualmente cierto que no puede dejar de haber

algun ente necesario. Yo concibo, pues, este ente, y concibo tambien la necesidad que hay de que él exista.

La idea que tengo de él incluye claramente la existencia actual; por ella sola es por lo que lo distingo de todos los demas entes. Solo lo concibo por esta existencia actual: quitádsela, ya es nada; dádsela, vuelve á ser todo lo que era. Se incluye, pues, necesariamente en su esencia, como la existencia se incluye en el pensamiento. Y así, es tan cierto que el existir por sí mismo incluye una existencia actual y necesaria, como que el pensar incluye el sér. Luego de la simple idea del ente infinitamente perfecto, se ha de inferir su actual existencia; del mismo modo que infero mi existencia actual, de mi actual pensamiento.

Tal vez me responderán que esto es un sofisma. Es cierto, dirá alguno, que si este ente existe, existe necesariamente: pero ¿cómo sabrémos si efectivamente existe? El que haga esta objecion, ni entiende el estado de la cuestion, ni el valor de los términos. Lo que aquí intentamos, es juzgar de la existencia de Dios del mismo modo que juzgamos de las cualidades que convienen ó repugnan á las esencias de los demas entes. Si la existencia actual es tan inseparable de la esencia de Dios, como la razon, v. gr., es inseparable del hombre; se debe inferir que Dios existe necesariamente, con

la misma seguridad con que inferimos que el hombre esencialmente es racional.

Cuando se ha visto claramente que la razon es esencial al hombre, no nos detenemos en inferir puerilmente que el hombre es racional, supuesto que sea racional; sino que se concluye absoluta y seriamente, que el hombre no puede ser sino racional. Del mismo modo, cuando una vez se ha reconocido que la actual existencia es esencial al ente necesario é infinitamente perfecto, que concebimos, no nos hemos de detener ya en eso, sino que hemos de ir hasta el fin; y hemos de concluir en una palabra, que este ente existe actual y necesariamente, de modo que nunca puede dejar de existir.

Si este raciocinio, abstraído de todas las cosas sensibles, por su mucha abstraccion y simplicidad es inaccesible á algunos espíritus medianos, no pierde por eso su fuerza sino que la aumenta. Porque no está fundado en cosas que puedan hacerse perceptibles á los sentidos ó á la imaginacion, sino que todo él se reduce á dos reglas: una de pura metafísica, que ya hemos admitido, y consiste en consultar nuestras ideas claras é inmutables: otra de pura dialéctica, que consiste en sacar la consecuencia inmediata, y afirmar precisamente de una cosa lo que se incluye en la idea clara de la misma.

Así lo que detiene en una conclusion tan evi-

dente por sí misma á algunos entendimientos, es el no estar acostumbrados á raciocinar sobre materias abstractas é insensibles, y el caer en una preocupacion habitual, que es raciocinar acerca de la existencia de Dios, como raciocinan acerca de las cualidades de las criaturas, no viendo cuán absurdo es su sofisma. Aquí se ha de racionar de la existencia, que es esencial, como se raciocina de la inteligencia, que es esencial al hombre. La existencia del hombre no es necesaria; pero supuesto que exista, le es esencial ser inteligente: luego siempre se puede afirmar del hombre que es un ente inteligente cuando existe. Por lo que toca á Dios, la existencia actual le es esencial: luego siempre se debe afirmar de él, no que existe actualmente supuesto que existe [porque esto sería una cosa ridícula é idéntica, para hablar con las voces de la escuela]; sino que existe actualmente, porque las esencias no pueden mudarse, y la suya incluye la existencia actual. Si supiéramos contemplar las cosas abstractas que son evidentes por sí mismas, nos reiriamos de los que dudan de esto, tanto como se rie un niño cuando le preguntan si la mesa juega con él, si las piedras le hablan, si sus muñecas tienen mucho entendimiento.

Es, pues, cierto, ¡oh Dios mio! que os encuentro por todas partes. Ya habia visto yo, que en la naturaleza no podia dejar de haber un ente ne-

cesario, que existiese por sí mismo: ya habia visto que este ente necesariamente habia de ser perfecto é infinito; y ya habia visto tambien, que yo no era este ente, sino que él me habia hecho á mí. Esto ya era conoceros y haberos encontrado; pero aun vuelvo á encontraros y á veros por otra parte. Salis, por decirlo así, del fondo de mí mismo por todos lados. Esta idea de un Sér necesario é infinitamente perfecto que llevo en mi interior, ¡qué me dice si la escucho en el fondo de mi corazon? ¡Quién la ha puesto en él sino vos? ¡A quién puede representar sino á vos? La mentira es la nada: ¿podria ella representarme una verdad universal y suprema? Esta idea del infinito, recibida en un espíritu limitado, ¿no es el sello de un artífice omnipotente que la ha impreso en su obra?

Ademas de esto, ¿no me enseña esta idea que vos siempre existis actual y necesariamente, así como las otras me enseñan que las demas cosas pueden existir ó no existir segun vuestra voluntad? Yo veo vuestra existencia, necesaria é inmutable, con tanta evidencia como la mia, participada y sujeta á mutacion. Para dudar de esto, debia dudar de la misma razon, que no consiste sino en las ideas: debia desmentir la esencia de las cosas y contradecirme á mí mismo. Todos estos modos de ir á vos, ó por mejor decir, de encontraros en mí mismo, están unidos entre sí y se

sostienen mutuamente. Así, ¡oh Dios mio! al que no teme veros, y no tiene los ojos tan enfermos que huyan de la luz, todo, todo le sirve para descubrirnos. Toda la naturaleza no habla sino de vos; y ni aun es posible concebirla sin veros. Con vuestra luz pura y universal es con lo que vemos la luz interior, que ilumina todos los objetos particulares.

—
CAPITULO VII.

Espónese y se refuta el sistema de Espinosa.

Voy ahora á esponer y aclarar, si puedo, una dificultad que se me presenta, y me arroja en la incertidumbre. Es verdad que yo tengo la idea de una cosa infinitamente perfecta: veo claramente que esta idea debe tener un fundamento real, un objeto verdadero. Ha de haber una cosa que haya puesto en mí tan alta idea. Cualquier cosa que sea inferior al infinito, le es infinitamente disemejante, y por consiguiente no puede dar idea de él. Y así la idea que tengo del infinito debe venir de un ente real que tenga una perfeccion infinita. Con esta prueba me ha parecido encontrar un primer Sér. Pero ¿no puede suceder que me engañe?

Este raciocinio demuestra, que en la naturaleza hay realmente una cosa infinitamente perfecta; pero no prueba que esta perfeccion infinita sea realmente distinta de todos estos entes que veo al rededor de mí. Tal vez toda esta multitud de séres, que llamamos universo, es una masa infinita que en su todo encierra perfecciones infinitas por su variedad. Tambien puede suceder que todas estas partes, que parecen separarse entre sí, sean inseparables del todo; y que este todo, infinito é indivisible en sí mismo, contenga esta perfeccion infinita de que tengo idea, y cuya realidad busco.

Para hacer mas perceptible esta indivisibilidad del todo, me figuro que el ver las partes separadas entre sí, no me debe hacer concluir que se separan tambien del todo: porque el separarse las partes entre sí, no es una division real, sino una mutacion de lugar: y para que las partes estuvieran realmente divididas, lo habian de estar de manera que no hicieran un todo. Mientras una parte, que está muy distante de otra, está unida á ella por todas las que ocupan el medio, como por una cadena que une ambas estremidades, no podemos decir que está realmente dividida de ella. Para separar realmente una parte de todas las demas, era preciso que hubiera un espacio real entre la primera y todas las otras, cosa que no puede verificarse en un todo infinito. Porque ¿cómo hemos